

ALMA Y CUERPO: EN RECUERDO
DE PEDRO LAÍN ENTRALGO (1908-2001)

José Luis Peset

Departamento de Historia de la Ciencia
Instituto de Historia, CSIC

Es imposible intentar dar un perfil completo de Pedro Laín Entralgo. Sin duda, la calificación de humanista es la que mejor puede definirlo, pues supo aunar amplios conocimientos sobre ciencias y letras. Formado en medicina, química y física, fue un buen estudioso de la filosofía, la literatura y la política. Fue maestro en su cátedra de la Universidad Complutense, de la que fue rector, y en su trabajo como director de investigación, al frente del Instituto Arnau de Vilanova del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Académico de la Lengua, Medicina e Historia, sus charlas, conferencias, escritos y ensayos lo consagran como uno de los grandes clásicos de la literatura castellana del siglo XX.

Con su estilo preciso y difícil y su verbo brillante y apasionado siguió en la senda de nuestros grandes ensayistas y oradores. Su talante generoso con los amigos y abierto con los contrarios, su sabiduría y entusiasmo, agravaron su ausencia y hacen su memoria imborrable para nosotros. Era un personaje siempre activo, con una conducta guiada por la ética, queriendo llevar a la práctica los principios que la sabiduría le dictaba. Esta doble característica de hombre sabio y hombre práctico es la que le puede conferir el calificativo de gran humanista del siglo XX. Intelectual siempre preocupado por el presente, conseguía extraer valiosas recetas del saber pasado y de la reflexión continua. En momentos políticos difíciles fue capaz de recuperar lo mejor de nuestra tradición, imponiendo la necesidad de la lectura de nuestros clásicos. Así supo subrayar el respeto por la cultura y la identidad españolas, en libros apasionados como *España como problema* y *¿A qué llamamos España?* De su maestro José Ortega y Gasset tomó su estilo ensayístico más que positivista y sus constantes preocupaciones por el concepto de España y la necesidad de la intervención pública. Si

su papel en la política es abandonado a mediados de los cincuenta, su interés por la intervención en el terreno práctico, fue su tarea constante. Su generosidad le permitió entender su nación con respeto a la inteligencia y a la pluralidad.

Su principal tarea fue la de historiador, en especial de la medicina, pues su dedicación al saber médico fue constante. Sus dos grandes libros *La historia clínica* y *La medicina hipocrática* son sin duda su mejor aportación intelectual. Sus amplios conocimientos lingüísticos y técnicos le permitieron profundizar en lo que la práctica médica ha representado a lo largo de la historia. Otro interesante libro, como *Enfermedad y pecado* constituye un profundo estudio acerca del concepto de enfermedad, así como sus estudios sobre *Cuerpo y alma* un logrado intento de análisis de la naturaleza humana. Su interés por el papel de la palabra en la curación de la enfermedad mental, procede de sus lecturas de Freud. También de su buen conocimiento del mundo clásico, en el que ve un gran desinterés por la acción sanadora de la persuasión. Viene este interés a entroncarse con su concepto de naturaleza humana, en el que huye del dualismo, admitiendo la identidad de alma y cuerpo. Subrayando una evolución continua y progresiva de la historia de la medicina, encuentra esta identidad tanto en sus análisis del uso de la palabra en la antigüedad clásica, como en la introducción del pensamiento de Freud en la moderna medicina psicosomática. Se adentra así en sus preocupaciones filosóficas, que derivan de uno de sus maestros Xavier Zubiri, del que tomó las preguntas básicas acerca de la naturaleza humana.

Entre sus trabajos de índole psiquiátrica —actividad que fue su primera vocación— la revista *Frenia* ha pensado en la publicación del que lleva por título «La racionalización platónica del ensalmo y la invención de la psicoterapia verbal». Fue publicado en la revista que él fundara junto a Aníbal Ruiz Moreno en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica* (vol. X-1, 1958, págs. 133-160), y constituye una reflexión central para establecer sus opiniones en el terreno de la antropología médica, que desarrollará durante décadas en otros muchos escritos.

El trabajo está construido como un diálogo más de Platón, esta vez con los médicos hipocráticos, a los que acusa de somaticismo extremo, pero de los que toma sus conceptos básicos sobre la enfermedad. Esta sería —según el viejo Alcmeón— un desorden, mientras que la ordenación del alma por el bello discurso supone restablecer un orden de creencias, saberes, apetitos y sentimientos acordes con el sujeto y con la naturaleza. La *ametria*, que supone la perversidad o bien la ignorancia, oscila entre la *manía* y la *amathia*. La enfermedad procede de los actos y deseos desordenados, que producen constante relación entre enfermedad del alma y del cuerpo, y que se reconducen con la corrección punitiva y la palabra educadora, sea amonestar persuasivamente, sea argüir o refutar con eficacia. La tarea del ensalmador es añadir al arsenal terapéutico de Hipócrates, la persuasión de creencias y virtudes morales e intelectuales, esto es educar a los jóvenes en el progreso intelectual, la templanza y la

terapéutica. La medicina y la palabra deben emplearse de forma conjunta, con la colaboración del paciente. Presentar éste el alma al sanador es una forma de íntima entrega amorosa, que aunque Pedro Laín interpretará en forma de amistad entre médico y paciente, es una entrega que con Freud había ya ganado en profundidad de significado y eficacia.

El alma naturalmente ordenada se depura del cuerpo —después insistirá Descartes— y gana en complejidad y resignación —así como en melancolía, en lo que profundizará Aristóteles en *Problemata*. El camino es el bello discurso, pero también el placer adecuado, sin dolor, tanto la gimnástica, como la música... La vida, el placer y la belleza de Nietzsche, a quien cita en sus páginas. Purificar el alma de los deseos del cuerpo, es alcanzar la pureza divina contra un exterior impuro, pero también recuperar el carácter divino —o demoníaco— del alma, buscando el camino creencial, la manía divina, no patológica. Se busca el orden y el sosiego, el respeto al pudor y al bien, conocerse a sí mismo y adaptarse a lo propio y a la naturaleza. Sea saber o virtud, la *Sōphrosynē* es ciencia del todo y del sí mismo, del conocimiento y de la ignorancia. Es un intento de racionalizar el ensalmo, en busca de la persuasión, de la totalidad del cuerpo, de la templanza. Desea el filósofo unir lo mágico, lo racional con lo impetratorio, pues es el equilibrio de un Platón no tan intelectual, entre racionalidad e irracionalidad.

Si la virtud puede ser irracional, también se encuentra la belleza de la palabra, en el ensalmo curador, en los poemas homéricos, en el teatro trágico. Se consigue así racionalizar el ensalmo, que ya es distinto del ensalmo como mito. Por lo tanto tiene consecuencias para la terapéutica, pues sin introducir a Freud en el discurso, nos dice en nota que en estos textos platónicos está el origen del psicoanálisis moderno. En estas páginas se rompen las separaciones entre terapéutica y filosofía, medicinas del cuerpo y el alma, pues belleza y razón se aúnan en una antropología que quiere terminar con la escisión del hombre cartesiano, entre alma y cuerpo. Para un discípulo de Platón, la filosofía es el ensalmo benéfico; así quería Pedro Laín encontrar alivio con sus escritos a una España que había vivido rota y trágica y a una Medicina que veía empobrecer y dividir al ser humano.

